**LOPE DE VEGA
*La Prudente Venganza***

En la opulenta Sevilla, ciudad que no conociera ventaja a la gran Tebas (pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo), Lisardo, caballero mozo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bienquisto, y con todos estos bienes y los que le había dejado un padre, que trabajó sin descanso (como si después de muerto hubiera de llevar a la otra vida lo que adquirió en esta), servía y afectuosamente amaba a Laura, mujer ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos que le dio la naturaleza, que con estudio particular parece que la hizo.

Salía Laura las fiestas a misa en compañía de su madre; apeábase de un coche con tan gentil disposición y brío, que no solo a Lisardo, que la esperaba a la puerta de la iglesia como pobre, para pedirle con los ojos alguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero a cuantos la miraban, acaso o con cuidado robaba, el alma.

Dos años pasó Lisardo en esta cobardía amorosa, sin osar a más licencia que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno, intérprete de su corazón y papel de su deseo. Al fin de los cuales, un dichoso día vio salir de su casa algún apercibimiento de comida, con alboroto y regocijo de unos esclavos; y preguntando a uno de ellos con quien tenía más conocimiento la causa, le dijo que iban a una huerta Laura y sus padres, donde habían de estar hasta la noche. Tiénelas hermosísimas Sevilla en las riberas de Guadalquivir, río de oro, no en las arenas, que los antiguos daban a Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

|  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |    No le hartarán con la española arena, |  |  |
|  | preciosa tempestad del claro Tajo, |  |  |
|  | no las doradas aguas del Pactolo |  |  |
|  | rubio, ni aunque agotase todo el Hermo, |  |  |
|  | con tanta sed ardía,sino en que por él entran tantas ricas flotas,llenas de plata y oro del Nuevo Mundo. |  |  |

 |

Informado Lisardo del sitio, fletó un barco y con dos criados se anticipó a su viaje y ocupó lo más escondido de la huerta. Llegó con sus padres Laura y pensando que de solos los árboles era vista, en solo el faldellín cubierto de oro y la pretinilla, comenzó a correr por ellos a la manera que suelen las doncellas el día que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo.

Caerá vuestra merced fácilmente en este traje que, si no me engaño, la vi en él un día tan descuidada como Laura, pero no menos hermosa. Ya con esto voy seguro que no le desagrade a vuestra merced la novela, porque como a los letrados llaman ingenios, a los valientes Césares, a los liberales Alejandros y a los señores heroicos, no hay lisonja para las mujeres como llamarlas hermosas. Bien es verdad que en las que lo son es menos; pero si no se les dijese, y muchas veces, pensarían que no lo son, y deberían más al espejo que a nuestra cortesía.

Lisardo, pues, contemplaba en Laura, y ella se alargó tanto, corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba la paró un arroyo que, como dicen los romances, murmuraba o se reía, mayormente aquel principio:

|  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Riéndose va un arroyo, |  |  |
|  | sus guijas parecen dientes, |  |  |
|  | porque vio los pies descalzos |  |  |
|  | a la primavera alegre. |  |  |

 |

Y no he dicho esto a vuestra merced sin causa, porque él debió de reírse de ver los de Laura, hermosa primavera entonces que, convidada del cristal del agua y del bullicio de la arena, que hacía algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competían entrambos. Se descalzó y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo ramo de azucenas en vidrio. Fuese Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como cuando decimos «Aquí fue Troya». Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecía larga su ausencia; así era grande el amor que la tenían y le sintió el Trágico:

|  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |    ¡Con cuán estrecho lazo |  |  |
|  | de sangre asido tienes, |  |  |
|  | naturaleza poderosa, a un padre! |  |  |

 |

Hiciéronla mil regalos, aunque riña Cremes a Menedemo, que no quería en Terencio que se mostrase amor a los hijos.

Avisó en estos medios un criado de Lisardo a Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba allí su dueño. Estos dos se habían mirado con más libertad, como su honor era menos, y la advirtió de que habían venido sin prevención alguna de sustento, porque Lisardo sólo le tenía de los ojos de Laura (que los criados disimulan menos las necesidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles). Fenisa lo dijo a Laura, que encendiéndose de honesta vergüenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuación de los ojos de Lisardo había tenido que sosegar en el alma con la honra y en el deseo con el entendimiento, y a hurto de su madre le dijo:

-No me digas eso otra vez.

Creyó Fenisa lo severo del rostro; creyó lo lacónico de las palabras. Fenisa finalmente creyó a Laura, que parece principio de relación de comedia; y como sabía su recato no le volvió a decir cosa ninguna. Pero viendo Laura que era más bien mandada de lo que ella quisiera, le dijo a solas:

-¿Cómo tuvo ese caballero tanto atrevimiento que viniese a esta huerta, sabiendo que no podían faltar de aquí mis padres?

-¿Cómo ha dos años que os quiere?, respondió Fenisa.

-¿Dos años? -dijo Laura-. ¿Tanto ha que es loco?

-No lo parece Lisardo -replicó la esclava-, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre.

-¿De qué le conoces tú? -dijo Laura.

-De lo mismo que tú -respondió Fenisa.

-Pues ¿mírate a ti? -prosiguió la enamorada doncella.

-No, señora -replicó la maliciosa esclava-, que a la cuenta vos sola en Sevilla merecéis el desatinado amor con que os adora.

-¿Con que me adora? -dijo riéndose Laura-. ¿Quién te ha enseñado a ti ese lenguaje? ¿No basta que me quiera?

-Bastara a lo menos -replicó Fenisa- pues vos no correspondéis a tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos casaros.

-No tengo yo de casarme -dijo Laura- que quiero ser religiosa.

-No puede ser eso -respondió Fenisa-, porque sois única a vuestros padres y habéis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta sin más de veinte que vuestra abuela os ha dejado.

-Mira que te aviso -dijo Laura entonces-, que no te pase por la imaginación hablarme más en Lisardo; Lisardo hallará quien merezca ese amor que dices, que yo no me inclino a Lisardo, aunque ha dos años que Lisardo me mira.

-Yo lo haré, señora -replicó Fenisa-, pero muchos Lisardos me parecen esos en tu boca para no tener ninguno en el alma.

Ya se llegaba la hora del comer y ponían las mesas -para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión-, cuando Laura dijo a Fenisa:

-Lástima es, Fenisa, que ese caballero no coma por mi causa.

-¿No decías -respondió la esclava- que no te hablase en él?

-Así es verdad -replicó Laura-, y yo no hablo en él sino en que coma; haz por tu vida de suerte que nuestro cocinero te dé alguna cosa que le lleves, y dásela a su criado como que es tuya esta memoria.

-Que me place -dijo Fenisa-, para merecer algo como quien lleva al pobre la limosna que otro da, para que sea tuya la piedad y mía la diligencia.

Hízolo así Fenisa, y tomando un capón y dos perdices con alguna fruta y pan blanco, de que es tan fértil Sevilla, lo llevó al referido y le dijo:

-Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envía.

Túvole de manera este caballero, agradecidísimo a tanto favor, que ya se desesperaban los criados y se atrevieron a decirle:

-Si así come vuestra merced, ¿qué ha de quedar para nosotros?

-No sois -replicó Lisardo-, dignos vosotros de los favores de Laura; tanto que, si algo queda, se me ha de guardar para la tarde.

Crueldad le habrá parecido a vuestra merced la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder: «No me parece sino hambre.» Y cierto que tendrá razón, si no sabe lo que come un enamorado favorecido a tales horas. Pero, porque no le tenga vuestra merced por hombre grosero, sepa que les dio dos doblones de a cuatro (que era siglo en que los había) para que fuese el uno a Sevilla por lo que tuviese gusto; lo que ellos no hicieron y partiendo la moneda se llegaron hacia la casa de la huerta, donde las criadas los proveían de todo lo necesario.

Algo de esto veía Laura con harto gusto suyo; y no escondiéndose a sus padres, quisieron saber quién eran aquellos hombres que preguntados, respondieron que músicos. Y deseando alegrar a Laura, dijo el padre que entrasen, de que ellos se holgaron en extremo; y trayendo un instrumento, que claro está que le había de haber en la huerta o traerle las criadas de Laura, que algunas por lo moreno eran inclinadas al baile, con extremadas voces Fabio y Antandro cantaron así:

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Entre dos mansos arroyos, |  |  |
|  | que de blanca nieve el sol, |  |  |
|  | a ruego de un verde valle, |  |  |
|  |    en agua los transformó; |  |  |
|  | mal pagado y bien perdido |  |  |
|  | (propia de amor condición, |  |  |
|  | que obliga con los agravios, |  |  |
|  | y con los favores no), |  |  |
|  |    estaba Silvio mirando |  |  |
|  | del agua el curso veloz, |  |  |
|  | corrido de que riendo |  |  |
|  | se burle de su dolor. |  |  |
|  | Y como por las pizarras |  |  |
|  | iba dilatando el son, |  |  |
|  | a los risueños cristales |  |  |
|  | dijo con llorosa voz: |  |  |
|  |     *Como no saben de celos* |  |  |
|  | *ni de pasiones de amor,* |  |  |
|  | *ríense los arroyuelos* |  |  |
|  | *de ver cómo lloro yo.* |  |  |
|  |    Si amar las piedras se causa |  |  |
|  | de sequedad y calor, |  |  |
|  | bien hace en reírse el agua, |  |  |
|  | pues por fría nunca amó. |  |  |
|  |     Lo mismo sucede a Filis, |  |  |
|  | que para el mismo rigor |  |  |
|  | es de más helada nieve |  |  |
|  | que los arroyuelos son. |  |  |
|  |     Ellos en la sierra nacen, |  |  |
|  | y ella entre peñas nació, |  |  |
|  | que sólo para reírse |  |  |
|  | ablanda su condición. |  |  |
|  |    Al castigo de sus burlas |  |  |
|  | tan necia venganza doy, |  |  |
|  | que estos dos arroyos miran |  |  |
|  | en mis ojos otros dos. |  |  |
|  |    Lágrimas que dan venganza |  |  |
|  | notables flaquezas son; |  |  |
|  | mas deben de ser de ira |  |  |
|  | que no es posible de amor. |  |  |
|  |     No me pesa a mí de amar |  |  |
|  | sujeto de tal valor, |  |  |
|  | que apenas puede a su altura |  |  |
|  | llegar la imaginación. |  |  |
|  |     Pésame de que ella sepa |  |  |
|  | que la quiero tanto yo, |  |  |
|  | porque siempre vive libre |  |  |
|  | quien tiene satisfacción. |  |  |
|  |    Por eso digo a las aguas |  |  |
|  | que risueñas corren hoy, |  |  |
|  | trasladando de su risa |  |  |
|  | las perlas y la ocasión: |  |  |
|  |     *Como no saben de celos* |  |  |
|  | *ni de pasiones de amor,* |  |  |
|  | *ríense los arroyuelos* |  |  |
|  | *de ver cómo lloro yo.* |  |  |

Dudosa estaba Laura mientras cantaban Fabio y Antandro estos versos, si se habían hecho por ella; y aunque en todo convenían con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de celos le parece que difería mucho de su honestidad y recogimiento, si bien esto no satisfacía a la duda, porque los amantes sin dárselos tienen celos, y no han menester ocasión para quejarse, a la traza de los niños, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura a Fabio no se cansase tan presto, y él y Antandro, en un tono del único músico Juan Blas de Castro, cantaron así:

|  |  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     *Corazón, ¿dónde estuvisteis,* |  |  |
|  | *que tan mala noche me disteis?* |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     ¿Dónde fuisteis, corazón, |  |  |
|  | que no estuvisteis conmigo?, |  |  |
|  | siendo yo tan vuestro amigo, |  |  |
|  | ¿os vais donde no lo son? |  |  |
|  | Si aquella dulce ocasión |  |  |
|  | os ha detenido así, |  |  |
|  | ¿qué le dijisteis de mí |  |  |
|  | y de vos qué le dijisteis, |  |  |
|  | *que tan mala noche me disteis?* |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     A los ojos es hacer, |  |  |
|  | corazón, alevosía, |  |  |
|  | pues lo que ellos ven de día, |  |  |
|  | de noche lo vais a ver. |  |  |
|  | Ellos me suelen poner |  |  |
|  | en ocasiones de gloria, |  |  |
|  | pero vos con la memoria |  |  |
|  | yo no sé dónde estuvisteis, |  |  |
|  | *que tan mala noche me disteis.* |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Corazón, muy libre andáis, |  |  |
|  | cuando preso me tenéis, |  |  |
|  | pues os vais cuando queréis, |  |  |
|  | aunque yo quiero que os vais. |  |  |
|  | Allá vivís y allá estáis; |  |  |
|  | no parece que sois mío, |  |  |
|  | si pensáis que yo os envío; |  |  |
|  | ¿qué esperanzas me trajisteis, |  |  |
|  | *que tan mala noche me disteis.* |  |  |

 |

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias (aunque si bien me acuerdo, no era más de uno), cuando Laura preguntó a Fabio quién era el escritor de aquellas letras. Fabio le respondió que un caballero que se llamaba Lisardo, mancebo de veinticuatro años, a quien ellos servían.

-Por cierto -dijo Laura-, que él tiene muy cuerdo ingenio.

-Sí tiene -dijo Antandro-, y acompañado de linda disposición y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento.

-¿Tiene padres? -dijo el de Laura.

-No, señor -respondió Fabio-, ya murió Alberto de Silva, que vuestra merced habrá conocido en esta ciudad.

-Sí conocí -dijo el viejo-, y era grande amigo mío y de los hombres ricos de esta ciudad; y me acuerdo de ese caballero su hijo, cuando era niño y comenzaba a estudiar gramática, y me alegro que haya salido tan semejante a su padre. ¿No trata de casarse ahora?

-Sí trata -dijo Antandro-, y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual a sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna.

Con esto los mandó regalar Menandro, que así era el nombre del padre de Laura, y ellos se despidieron contando entre los árboles a Lisardo todo lo que les había sucedido, que los estaba esperando desesperado. Laura quedó cuidadosa, llena de solícito temor, que así define el amor Ovidio, porque dio en imaginar que aquella doncella con quien quería casarse Lisardo era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo que Antandro lo había dicho para que Laura entendiese su deseo; así es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho.

No pudo alegrarse más, y dando prisa a sus padres con no sentirse buena se volvieron a Sevilla. Durmió mal aquella noche, y el día siguiente la afligió tanto aquel pensamiento que se vino a resolver en escribirle. Vuestra merced juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto a corregir a quien ama. Borró veinte papeles y dio el peor y el último a Fenisa, que con admiración, que se pudiera llamar espanto, le llevó a Lisardo, que en aquel punto iba a subir a caballo para pasear su calle. Casi fuera de sí oyó el recado de palabra y, llevándola de la mano a un jardín pequeño, que en frente de la puerta principal de su casa ofrecía a la vista algunos verdes naranjos, la dio muchos abrazos; y recibiendo el papel con más salvas que si trajera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta y leyó así:

“Los años que vuestra merced me ha obligado a su conocimiento, parece que me fuerzan en cortesía a darle el parabién de su casamiento, que a mis padres contaron sus criados, mayormente siendo tan acertado con dama tan hermosa y rica. Pero suplico a vuestra merced que ella no sepa este atrevimiento mío, que me tendrá por envidiosa, y vuestra merced no ha menester hacer gala de mi cortesía para acreditarse, pues no será esa señora tan humilde que no piense que lo que ella merece vale por sí mismo esta general estimación de todas”.

Con una blanda risa, más en los ojos que en la boca, dobló el papel Lisardo y, por lo que había contado Antandro, conoció el engaño de Laura, o que se había valido de aquella industria para provocarle a desafío de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo que de espada y capa. Llevó a Fenisa a un curioso aposento bien adornado de escritorios, libros y pinturas, donde le dijo que se entretuviese mientras escribía.

Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor había hecho al vuelo de sólo verla en misa; y Lisardo escribió, haciendo gala de que fuese aprisa y con donaire; y cerrado el papel abrió un escritorio y, dando cien escudos a Fenisa, le abrió las entrañas. Fuese la esclava, y Lisardo volvió a leer el papel otras dos veces, y poniéndole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de un escritorio donde tenía sus joyas, porque así le pareció que le engastaba.

Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable; diole el papel, contole el gusto con que la había recibido, el aseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que también esto obliga a quien ama y desea ser amada. Pero peor hubiera sido que confesara la mitad, como hacen muchos criados, en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel con menos ceremonias, aunque por ventura con más sentimiento, y leyó así:

“La señora que yo sirvo, y lo es de mi libertad, y con quien deseo casarme, es vuestra merced; y esto mismo dijo Antandro para que en este sentido se entendiese. Con esta satisfacción pudiera vuestra merced tener envidia de sí misma, si yo mereciera lo que dice para honrarme, que no tengo ni tendré otro dueño mientras tuviere vida”.

Cuando yo llego a pensar por dónde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra más excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la filosofía que consiste en él la generación y conservación de todas las cosas en cuya unión viven, aunque entre la armonía de los cielos, que el aforismo de que todas las cosas se hacen a manera de contienda, eso mismo que las repugna, las enlaza. Y así se ve que los elementos que son los mayores contrarios simbolizan en algunas cosas y comunican sus calidades. Convienen el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco; el aire y el agua en lo húmido; y el agua y la tierra en lo frío, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y a este ejemplo, las demás de la generación y corrupción de la naturaleza.

Pero dirá vuestra merced: «¿qué tienen que ver los elementos y principios de la generación de amor con las calidades elementales?» Mas bien sabe vuestra merced que nuestra humana fábrica tiene de ellos su origen, y que su armonía y concordancia se sustenta y engendra de este principio que, como siente el Filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales.

Notable edificio, pues levanta amor en esta primera piedra de un papel que sin prudencia escribió esta doncella a un hombre tan mozo, que no tenía experiencia de otra voluntad desde que había nacido. ¿Quién vio edificio sobre papel firme? ¿Ni qué duración se podrá prometer la precipitada voluntad de estos dos amantes, que desde este día se escribieron y hablaron, si bien honestamente fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda que si luego pidiera Lisardo a Laura, Menandro lo hubiera tenido a dicha; pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, a lo menos asegurarse de ella, dio causa a que la dilación trajese varios accidentes como suele en todas las cosas, donde se acude con la ejecución después del maduro acuerdo, como sintió Salustio.

Tenía Lisardo un amigo que desde sus tiernos años lo había sido, igual en calidad y hacienda, llamado Otavio, procedido de ciertos caballeros genoveses que en aquella ciudad habían vivido y a quien la mar no había correspondido, ingrata, a lo que en confianza suya habían aventurado. Este amaba desatinadamente una cortesana que vivía en la ciudad, tan libre y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Otavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu y no pequeño daño de su hacienda, porque a vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecía que tenía adquirido.

Amor no se conserva sin esto, yo lo confieso; pero en este género de mujeres es la codicia insaciable. Hame acontecido reparar en unas yerbas que tengo en un pequeño huerto que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma que, tendidas por la tierra, juzgo por imposible que se levanten; y echándolas agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en abril después de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, cuando la plata y oro las despierta y alegra tan velozmente, que el galán que de noche fue aborrecido porque no da, a la mañana es querido porque ha dado.

Olvidada finalmente Dorotea, que así se llamaba esta dama, de las obligaciones que tenía a Otavio, puso los ojos en un perulero rico -así se llaman-, hombre de mediana edad y no de mala persona, aseo y entendimiento. A pocos lances conoció Otavio la mudanza, y siguiéndola un día, la vio entrar disfrazada en la casa del indiano referido, donde esperó desatinado a que tomase puerto en la calle de aquella embarcación tan atrevida y, asiéndola del brazo, la dio, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones.

A sus voces y de la criada, que llegando a defenderla partieron la ganancia, salió Fineo, que este fue su nombre, o lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si se quedara en ella, pero con más provecho suyo. Corrido Otavio, como era justo, porque al huir, dice Carranza (y lo aprueba el gran don Luis Pacheco), no hay satisfacción, dio parte a su amigo Lisardo de su disgusto.

Y con los dos criados músicos referidos fueron a esperarle dos o tres noches, porque él no salía sin cuidado de su casa; y la última, que venía de visitar un amigo (¡oh noche, qué de desdichas tienes a tu cuenta!; no en balde te llamó Estacio acomodada a engaños, Séneca, horrenda; y los poetas hija de la tierra y de las Parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan y la tierra consume lo que en tierra), saliéronle al paso Otavio y Lisardo con los criados, y dándole muchas cuchilladas se defendió valerosamente con los suyos hasta que cayó muerto, dejando a Otavio herido de una estocada, de que también murió de allí a tres días. Estos estuvo retraído Lisardo; y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la iglesia, le fue forzoso ausentarse, y con grandes lágrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasión en que se partía la flota de Nueva España, aconsejado de amigos y deudos, se pasó a las Indias.

Fue tan difícil de remediar este caso, aunque de entrambas partes había dos muertes, que no pudo volver a Sevilla Lisardo cuando pensaba.

En triste ausencia quedó Laura con tan notable sentimiento de su partida, conocido de sus padres, que con algún advertimiento reparaban en Lisardo y no les pesara de que fuera su yerno; pero habiendo pasado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla de ella, de personas ilustres y dignas de su hermosura, calidad y hacienda.

Era de suerte lo que Laura sentía que le tratasen de esto, que cada vez que lo intentaban la tenían por muerta; pero habiéndose informado de Fenisa, y entendiendo que mientras estuviese en esperanza de casarse con Lisardo no admitiría casamiento alguno, determinó Menandro de fingir una carta que diese nuevas; entre otras relaciones, de que, Lisardo se había casado en México, y una aparte para un amigo suyo que, visitándole, dejase caer al descuido, que hallada de Laura decía así:

“En este viaje no tengo que advertiros más de que todo se despacha bien, y mejor lo que vos menos pensabais. Llegó bueno el Virrey, y creo que nos hemos de hallar muy bien con él, porque es un gran príncipe, celoso del servicio de Dios y de Su Majestad. Hacedme placer de saber en qué estado están los negocios de Lisardo de Silva en esa ciudad, porque ya son tan propios míos, que le he casado con mi hija Teodora, con mucho gusto de entrambos, porque se querían mucho. Esto me importa notablemente, porque quiere ir Lisardo a España y pretender un hábito en la corte, y yo deseo ver honrada mi casa y que comience su valor en este caballero, a quien por el que tiene en todo he dado en dote sesenta mil ducados”.

Cómo quedaría Laura con esta carta, echada con tan falso descuido para darle tan verdadero cuidado, no es posible encarecerlo: pobre amante que, cuando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria. Y no se engañaron, aunque vuestra merced lo sienta, que pasados algunos días de lágrimas se consoló, como lo hacen todas, y dijo a sus padres que quería obedecerlos. Los cuales, así como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido que deshiciese con su presencia fácilmente la voluntad de Lisardo, que no había podido tan larga ausencia.

Había un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona pero de más juicio, años y opinión constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque traía escrita en la frente la quietud y en las palabras la modestia. Tratose entre los deudos de la una y otra parte el concierto, y estando a todos con igualdad, no fue difícil de llegar a ejecución con la brevedad que los padres de Laura deseaban.

Casose Laura, y en esta ocasión dijera un poeta si había asistido Himeneo triste o alegre, y si tenía el hacha viva o muerta, ceremonia de los griegos, como llamar a Talasio de los latinos. Y porque vuestra merced no ignore la causa por que invocaba la gentilidad en las bodas este nombre, sepa que Himeneo fue un mancebo, natural de Atenas, de tan hermoso y delicado rostro que, con el cuidado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por mujer de muchos.

Enamorose este mancebo ardentísimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin a su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual, con diferencia grande. Con esta desconfianza, Himeneo, para sustentar sus ansias siquiera de la amada vista de esta doncella, vestíase su mismo hábito; y mezclándose con las demás que la acompañaban, ayudado de los colores de su rostro, en amistad honesta vivía con ella y la seguía a las fiestas y campos sin osar declararse por no perderla.

En este tiempo le sucedió lo que a muchos que pensando engañar lo quedan ellos; porque habiendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas a los sacrificios de Ceres Eleusina, saltaron de improviso en tierra y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y habiendo repartido a su gusto lo que a cada uno le tocaba, hicieron fiesta sobre la yerba, y andando Ceres y Baco dando calor a Venus, con el trabajo del remo y descanso del vino se rindieron al sueño.

Himeneo, valerosamente gobernado de su ánimo en ocasión tan fuerte (que la hermosura en los hombres no estorba la valentía del corazón, y yo he visto muchos feos cobardes), sacó la espada de la cinta al capitán de los piratas, y uno a uno los cortó las cabezas, embarcó las doncellas y con inmenso trabajo volvió a Atenas. Los padres de las cuales, en remuneración de tanto beneficio solicitaron al de su dama, y se la dio por mujer, con la cual vivió en paz, sin celos, sin disgusto y con muchos hijos, de donde tomaron ocasión los atenienses de invocarle en sus bodas como a hombre tan dichoso en ellas, y poco a poco se fue introduciendo el cantarle himnos, como a su protector, de que se hallan tantos en los poetas griegos y latinos, y a recibirse su nombre por las mismas bodas.

No pienso que le habrá sido a vuestra merced gustoso el episodio, en razón de la poca inclinación que tiene al señor Himeneo de los atenienses; pero por lo menos le desvié la imaginación del agravio injusto que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad con que se persuadió la mal vengada Laura. Aunque por el camino que fue la industria, ¿a qué mujer le quedara esperanza cuando no quisiera vengarse? Cosa que apetecen enamoradas con desatinada ira, tanto que en viendo cualquier retrato de mujer, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilustre casa; hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres. Y en esta parte soy de su parecer por la dificultad del traje y la gravedad de las personas, y más después que se han subido en un monte de corcho, haciéndose los talles tan largos que se hincan de rodillas con las puntas de los jubones. Casose un hidalgo, amigo mío, de buen gusto, y la noche primera que se había de celebrar el himeneo en griego y la boda en castellano, vio a su mujer apearse de tan altos chapines y quedar tan baja, que le pareció que le habían engañado en la mitad del justo precio. Dijo entonces ella: «¿Qué os parece de mí?».

Y él con poco gusto le respondió: «Paréceme que me han dado a vuesa merced como a mohatra, pues he perdido la mitad de una mano a otra». A quien yo consolé con la respuesta de aquel filósofo que, diciéndole un amigo suyo que por qué se había casado con una mujer tan pequeña, respondió: «del mal lo menos». Mas cierto que todos se engañan; que una mujer virtuosa, o sea grande o pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras. Y ¡ay del enfermo que ellas no curan, el solo que no regalan y el triste que no alegran!

Entre otras cosas que trajo Marcelo a su casa fue un esclavo de quien fiaba mucho, alarbe de nación, que en una presa del general de Orán había sido cautivo. Este tenía cuenta de los caballos del coche y de otros dos en que paseaba, de los Valenzuelas de Córdoba, que también hay linaje de caballos con su nobleza. No se olvide, pues, vuestra merced de Zulema, que así se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria.

Casados vivían en paz (aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio) Marcelo y Laura, cuando habiéndose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleito de Lisardo, apareció en Sanlúcar con los galeones de Nueva España; y como de su pensamiento no diese parte a nadie, y por coger de improviso a Laura con la alegría de su presencia, ignorante de su casamiento, vino a Sevilla.

No le dijeron en su casa nada, o ya ocupados en verle o ya porque pensaron que cosa tan notable para él como estar casada Laura ya la sabría, o por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto, así como estaba, y solo quitándose las espuelas, se fue a su casa. Serían las ocho de la noche, y vio Lisardo en el patio tan diferente ruido que se le turbó el corazón y heló la sangre. Y después de un rato preguntó a un criado que ayudaba a poner en su lugar aquel vistoso coche, en que debía de haber venido Laura, quién vivía en aquella casa.

-Aquí vive Menandro -le respondió-, y Marcelo, su yerno.

Pasole el corazón esta palabra y todo temblando le dijo:

-Pues ¿casó a la señora Laura?

-Sí -replicó el criado con sequedad.

Y se lo pagó Lisardo con muchas lágrimas, que de improviso vinieron a los ojos por ayudar al corazón en tan justo sentimiento. Sentose en un poyo que estaba junto a la puerta, y no pudiendo hablar porque le ahogaba el dolor vertió parte del veneno, con que sintió algún alivio. Levantose finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposición lo solicitaba, con las galas y plumas del camino en las cuales fue la primera venganza, porque haciéndolas pedazos sembró de ellas la calle diciendo:

-Estas y mis esperanzas todo es uno.

De allí pasó a los guantes, y tirándose de una cadena de piezas, la perdió toda.

Bien había hora y media que andaba el afligido mozo por la calle cuando, habiendo oído algún ruido en una sala, asió las manos a los hierros de su reja y, sin mirar él qué hacía se asomó a uno de los postigos de la ventana, donde vio sentarse a la mesa a Laura, a su marido y a sus padres. Aquí perdió el sentido y, cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato. Volvió en sí y, trepando segunda vez por los hierros, vio la ostentación de la plata y familia con que se servían, el contento que mostraban y los platos y regalos que Marcelo hacía a Laura tan amorosamente.

Reparaba en su rostro, en su vestido y en el buen aire con que cenaba (que el comer aseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas a que está obligado un hombre bien nacido), y le parecía que en su vida había visto hombre más hermoso. ¡Oh celos, qué de cosas feas habéis hecho que parezcan lo contrario! Allí se extendía la imaginación a cosas terribles de sufrir y, entre todas, a creer que Laura estaría enamorada de Marcelo, como era razón, y como a él le parecía que era forzoso merecerlo.

Suspiraba Lisardo, deseando que le oyese Laura. ¡Qué locura! Mas ¿quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabose la cena de Marcelo y la paciencia de Lisardo a un mismo tiempo. Ellos se recogieron después de un rato de conversación, y él se quedó con todas sus esperanzas en la calle.

La pena de su casa era forzosa y así salieron a buscarle por varias partes sin que dejasen amigo donde no fuesen. Acordose Antandro de los pensamientos de Laura, partió a su casa y halló en su calle a su señor poco menos que loco y algo más que desdichado. Quitole, después de muchas razones y conveniencias, del puesto que había tomado como soldado de amor hasta el cuarto del alba. Trájole a su casa con buenos consejos, y haciéndole acostar no durmieron entrambos, porque en contarle lo que había visto y lamentarse de Laura llegó el día. Rogó a Antandro que fuese en casa de Menandro y procurase ser visto de Fenisa. Lo cual sucedió tan bien que apenas le vio la esclava cuando, puesto su manto y aquel sombrero que con tanta bizarría se ponen las sevillanas, salió a buscarle.

No habían los dos traspuesto la calle cuando Fenisa le dio muchos abrazos, y preguntándole por Lisardo llegó el esclavo Zulema referido, y ella interrumpió la plática y se volvió a su casa.

Reparó el esclavo en el forastero y, algo celoso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella ciudad, y dio cuenta a Lisardo de que ya Laura sabría que él estaba en Sevilla.

Con aquella ocasión, el tierno amante tomó la pluma y, escribiendo un papel, le dijo a Antandro que le llevase, y si pudiese dársele a Fenisa, la prometiese grandes intereses y regalos por la fe y confianza de este secreto. Sucedió así; y Laura, que ya sabía que había venido, con poca alteración y mucha curiosidad le abrió severa y leyó así:

“Anoche llegué a Sevilla a vivir en tu vista de tanta muerte como he padecido en tu ausencia, y cumplir la palabra que te había dado de ser tu marido. La primera cosa que supe fue que le tenías; y la segunda, verle con tanto dolor mío, que sólo pudo impedir el matarme saber que hay alma. Cruelmente has procedido con mi inocencia. No eran esas las palabras en mi partida a México, acreditadas de tantas lágrimas; pero eres mujer, último consuelo de los hombres. Mas para que veas la diferencia que mi amor hizo al tuyo, mientras dispongo de mi hacienda viviré en Sevilla, y luego me cubrirá un pobre hábito, que quiero fiar del cielo mi remedio, porque en la tierra no le espero de nadie”.

Sin alteración dije que abrió el papel Laura, pero no le volvió a cerrar sin mucha; y dudosa de que podría mentir Lisardo, como suelen muchos cuando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el término, abrió un escritorio donde tenía la carta fingida de su padre, más acaso que con cuidado, y había querido rasgar siempre que la veía, y poniéndole una cubierta se la envió a Lisardo.

Alguna alegría le causó entonces ver papel suyo; pero cuando desconoció la letra y vio la firma fingida de un mercader que él había conocido en México, leyó la carta y con un suspiro en voz triste dijo:

-Este me ha muerto.

Pasó aquel día y, haciendo que le cortasen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido, que daba ocasión a todos de preguntarle la causa para la cual no le faltaba industria. Con esto volvió a escribirla, diciendo así:

“Invención de mi fortuna fue esta carta para quitarme todo mi bien, y aunque parece bastante disculpa no la puede haber de no haber venido acompañada de una letra sola, que desprecios de lo que se ha querido no dan honra a quien aborrece, ni con ella cortó jamás la espada de los nobles en los que están rendidos. Yo partí de Sevilla por fuerza, navegué sin vida, llegué a México sin alma, viví muerto, guardé lealtad invencible, volví con esperanza, hallé mi muerte, y para todo he hallado consuelo en el engaño de esta carta; mas para tanto desprecio será imposible que tenerme en poco aunque sea sobra de contento en el nuevo estado, es falta de discreción en la cortesía”.

A este papel respondió Laura el que se sigue:

“Lo que pareciera liviandad en mi honor no ha sido descortesía al vuestro; pero cuando la hubiera usado, bien la merece un hombre que niega haberse casado en Indias, pues el luto que trae muestra bien que, porque ha enviudado, quiere que yo crea que no se casó, y que es verdadera esa carta”.

Aquí pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto que se había puesto para obligarla con el sentimiento le había resultado en mayor daño. Quitósele el mismo día y, siéndolo de fiesta, se vistió las mejores y más ricas galas que tenía, y con extremadas joyas se fue a San Pablo, donde Laura vino a misa y le vio en hábito tan diferente, que se certificó que el luto era fineza y la carta mentira.

Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor a revolver las cenizas del pasado fuego donde, como suelen algunas centellas, se descubrían algunas memorias. Fenisa terciaba, obligada de dineros y vestidos; Laura miraba amorosa; Lisardo se atrevía, y con esperanzas de algún favor volvió presto en sí y estaba en extremo gentilhombre. Marcelo reparaba poco en las bizarrías de Laura, pareciéndole no estrechar los pocos años a más grave estilo de recogimiento.

Con esto, al paso de su descuido, crecía el cuidado de los dos y a vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el deseo a poco honestos fines (que Marcelo no era amoroso ni había estudiado el arte de agradar, como algunos que piensan que no importa y que todo se debe al nombre, no considerando que el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galán, para cumplir con su obligación y tener segura la campaña).

Paréceme que dice vuestra merced: «¡Oh, lo que os deben las mujeres!». Pues le prometo que aquí me lleva más la razón que la inclinación, y que si tuviera poder instituyera una cátedra de casamiento donde aprendieran los que lo habían de ser desde muchachos y que, como suelen decir los padres unos a otros: «Este niño estudia para religioso», «este para clérigo», etc., dijeran también «este muchacho estudia para casado». Y no que venga un ignorante a pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada, y que no ha menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres a los ojos, sin reparar, como sería justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene después del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y aún con ella, que muchos la habrán perdido por esta causa.

Diga ahora vuestra merced, suplícoselo, que si es esta novela sermonario. No, señora, responderé yo, por cierto, que yo no los estudio en romance, como ya se usa en el mundo, sino que esto me hallé naturalmente y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haber perdido a Laura, pareciéndole que no era perderla estar tan cerca de la posesión que tantos años de pena le había costado; que como los deseos de amor de una y de otra manera tienen un mismo fin, aunque sea por breve hurto y con peligro del deshonor ajeno y daño propio, se buscan y solicitan. Lisardo, favorecido, amaba; Laura, libre y olvidada de lo que se debía a sí misma, no advertía qué fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario, Fenisa el paraninfo; en la iglesia se miraban, en la calle se hacían amorosas cortesías y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, mientras Marcelo dormía y otras que estaba más advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche cantaban así:

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |    Belisa de mi alma, |  |  |
|  | de cuyos ojos bellos |  |  |
|  | el mismo sol aprende |  |  |
|  | a dar su luz al suelo; |  |  |
|  |     Belisa más hermosa |  |  |
|  | que en el cielo sereno |  |  |
|  | al alba y a la tarde, |  |  |
|  | el cándido lucero, |  |  |
|  |     que ya por este valle, |  |  |
|  | de hoy más le llamaremos |  |  |
|  | la estrella de Belisa, |  |  |
|  | como hasta aquí de Venus; |  |  |
|  |     dejando tu hermosura, |  |  |
|  | si yo dejarla puedo, |  |  |
|  | y celebrando solo |  |  |
|  | tu raro entendimiento, |  |  |
|  |     ¿quién no dirá, señora, |  |  |
|  | que cuidadoso el cielo |  |  |
|  | puso por alma un ángel |  |  |
|  | en tu divino cuerpo? |  |  |
|  |     Gloriosa está la mía |  |  |
|  | de tenerte por dueño, |  |  |
|  | si bien las esperanzas |  |  |
|  | me tienen vivo y muerto. |  |  |
|  |     Vivo, porque me animan |  |  |
|  | al fin donde no llego; |  |  |
|  | y muerto en ellas mismas, |  |  |
|  | porque esperando muero. |  |  |
|  |     Todos, Belisa mía, |  |  |
|  | se quejan que por ellos |  |  |
|  | el tiempo aprisa pasa |  |  |
|  | sin poder detenerlo. |  |  |
|  |     Y yo, de que camina |  |  |
|  | tan despacio me quejo, |  |  |
|  | que pienso que se para |  |  |
|  | en mis años el tiempo. |  |  |
|  |     A muchos que han amado |  |  |
|  | dio Tántalo su ejemplo; |  |  |
|  | mas como a mí ninguno |  |  |
|  | con tan alto deseo. |  |  |
|  |     Lo que me dan me falta, |  |  |
|  | no tengo el bien que tengo, |  |  |
|  | viniendo a ser mis obras |  |  |
|  | mentales pensamientos. |  |  |
|  |     Usa mi amor ahora |  |  |
|  | de los antojos nuevos, |  |  |
|  | cerca para los ojos, |  |  |
|  | para los brazos lejos. |  |  |
|  |     Belisa, pues naciste |  |  |
|  | tesoro de los cielos, |  |  |
|  | ¿quién para mí te hizo |  |  |
|  | de sueño lisonjero? |  |  |
|  |     Pues, cuando más segura |  |  |
|  | pienso que te poseo, |  |  |
|  | despierto y no te hallo, |  |  |
|  | que eres verdad y sueño. |  |  |
|  |     Contigo, dueño mío, |  |  |
|  | nació mi amor primero, |  |  |
|  | contigo se ha criado, |  |  |
|  | contigo fue creciendo. |  |  |
|  |     Aciertan los que juzgan |  |  |
|  | que es mi pecho pequeño |  |  |
|  | para un amor tan grande, |  |  |
|  | mas no para tu pecho. |  |  |
|  |     Y llaman esperanzas |  |  |
|  | los males que padezco; |  |  |
|  | pidiendo posesiones, |  |  |
|  | levántanme que espero. |  |  |
|  |     En deseos aprisa |  |  |
|  | esperanzas de asiento |  |  |
|  | es muerte dilatada, |  |  |
|  | no habiendo mar en medio. |  |  |
|  |     ¡Qué pocas que me dieran, |  |  |
|  | si padecieran ellos! |  |  |
|  | Mas si años hacen penas, |  |  |
|  | ¿qué amante fue más viejo? |  |  |
|  |     Perdona si te canso, |  |  |
|  | que mientras no te tengo, |  |  |
|  | no puedo amarte más, |  |  |
|  | ni desearte menos. |  |  |

Así pasaba Lisardo sus esperanzas, unas veces alegre y otras triste; y Laura, con papeles y favores, unas veces le divertía y otras aseguraba cuyas dudas y deseos le significó un día en estos versos:

|  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |    Pensamiento, no penséis |  |  |
|  | que estoy de vos agraviado, |  |  |
|  | pues me dejáis obligado |  |  |
|  | con el daño que me hacéis; |  |  |
|  | antes pienso que tenéis |  |  |
|  | queja de mí con razón, |  |  |
|  | porque he puesto en condición |  |  |
|  | de quien sabéis la mudanza: |  |  |
|  | que no merece esperanza |  |  |
|  | quien no piensa en posesión. |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Nunca vos y yo pensamos, |  |  |
|  | aunque vos sois pensamiento, |  |  |
|  | vernos en tan alto intento, |  |  |
|  | que los dos nos envidiamos; |  |  |
|  | pues si contentos estamos, |  |  |
|  | vos del lugar en que estáis, |  |  |
|  | y yo de que le tengáis, |  |  |
|  | no sufráis que culpa os den |  |  |
|  | de que no estimáis el bien, |  |  |
|  | pues que nunca al bien llegáis. |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Este imposible forzoso |  |  |
|  | de alguna noble desdicha |  |  |
|  | hace dilatar la dicha |  |  |
|  | al que puede ser dichoso; |  |  |
|  | de confuso y temeroso, |  |  |
|  | que no lo digáis consiento, |  |  |
|  | que en mi grave sentimiento, |  |  |
|  | lo que sabemos los dos, |  |  |
|  | no lo fiara de vos |  |  |
|  | a no ser mi pensamiento. |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Quiero, y no puedo alargarme |  |  |
|  | a ejecutar lo que quiero; |  |  |
|  | espero lo que no espero, |  |  |
|  | por ver si puedo engañarme; |  |  |
|  | sin saber determinarme |  |  |
|  | ya determinado estoy; |  |  |
|  | a quien me niego me doy, |  |  |
|  | y en este mortal disgusto |  |  |
|  | soy Tántalo de mi gusto |  |  |
|  | y el mismo imposible soy. |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Fuerte linaje de mal |  |  |
|  | es huir el rostro al bien, |  |  |
|  | quien llega a que se le den |  |  |
|  | con mérito desigual; |  |  |
|  | en congoja tan mortal |  |  |
|  | lo mismo que dudo creo; |  |  |
|  | y en tal estado me veo, |  |  |
|  | sin poderme remediar, |  |  |
|  | que aún no puedo desear |  |  |
|  | eso mismo que deseo. |  |  |

 |
|

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
|  |     Vos, hermoso dueño mío, |  |  |
|  | recibid, pues vuestro soy, |  |  |
|  | del imposible en que estoy, |  |  |
|  | la satisfacción que envío; |  |  |
|  | contra mis dichas porfío |  |  |
|  | entre atrevimiento y miedo, |  |  |
|  | pero en laberinto quedo |  |  |
|  | donde tengo de morir, |  |  |
|  | pues, cuando voy a salir, |  |  |
|  | pruebo a salir, y no puedo. |  |  |

 |

En estos últimos versos anduvo menos cortesano Lisardo que en los demás que habló con su pensamiento, pues confesaba que había hecho diligencias para salir, si no se ha de entender con lo que dijo Séneca, *que el amor tenía fácil la entrada y difícil la salida*. No sé qué disculpa halle a este caballero, habiendo sido opinión del mayor filósofo que amor ni lo es para ese fin ni sin él: cosa que me holgara de preguntársela si viviera ahora, aunque fuera desde aquí a Grecia, porque parece que implican contradicción esas dos sentencias; sino es que quiere decir que puede haber amor verdadero con deseo de unión y sin él. Vuestra merced juzgue cuál de estos dos tiene ahora en el pensamiento, y perdone a los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura.

Finalmente, de línea en línea, se acercó Lisardo a la última de las cinco que Terencio le puso en el *Andria*, en cuya final proposición Laura le escribió así:

“Si fuera vuestro amor verdadero, él se contentara, Lisardo mío, del estado en que vuestra venida de las Indias halló mi honra, pues bien sabéis que me casé engañada, que os esperé firme y que os lloré casado. No sé cómo queréis que pueda atropellar por la obligación de mis padres, el honor de mi marido y el peligro de mi fama, cosas tan graves que por cualquiera de ellas conozco que queréis más vuestro gusto sólo que a todas juntas. Mis padres son bien nacidos; mi marido me tiene obligada con su amor y con sus regalos; mi fama es la mayor joya de mi persona. ¿Qué haré si todo lo pierdo por vuestra liviandad? ¿Cómo cobrarán mis padres su autoridad, mi marido su opinión y yo mi nombre? Contentaos, señor mío, con que os amo más que a mis padres, que a mi dueño y que a mí misma sin que me respondáis que, si fuera así, todo lo aventurara por vos. Yo os confieso que mirado de presto parece verdad, pero considerado es mentira. Porque podré yo replicaros que, si vos no aventuráis por mi cosa que vos podéis vencer con sólo que queráis, ¿cómo queréis que yo por vos aventure lo que no puedo cobrar si una vez lo pierdo por vos? Mirad cuál hará más en esta turbada confusión de nuestro amor: yo, que sufro lo mismo que vos y soy mujer, o vos, que me queréis perder por no sufriros a vos. Quisiera traeros ejemplos de algunas desdichas, pero conozco vuestra condición, y sé que habéis de pasar por los renglones de esta materia como quien topa enemigo en la calle, que hace que no le ve hasta que sale de ella. Más pluguiera a amor que no tuviera esto más inconveniente que perder la vida, que vos vierais que no es el mío tan cobarde que no la aventurara por vos, y me fuera la muerte dulce y agradable. Reciba yo este favor de vos; que con el entendimiento consultéis este papel y no con la voluntad, que ella os templará el deseo y durará nuestro amor; que con lo que vos queréis corre peligro de acabarse”.

Cuando Lisardo estaba por instantes deseando la ejecución de su deseo y el puerto de su esperanza, de que tenía celajes en las cosas que suelen prevenirle, pensó acabar la vida; lloró, que amor es niño y, como los que lo son arrojan lo que les dan, si no es todo lo que piden, trató el papel sin respeto y dijo a las letras que solía venerar algunas necias injurias. Últimamente puso la pluma en el papel y escribió así:

“Mi amor es verdadero, más sin comparación que el de vuestra merced; y si mi deseo le desacredita, no he tenido yo la culpa, sino quien le ha llevado de la mano a ser tan loco, desdicha que se pudiera haber excusado entre los dos, vuestra merced favoreciéndome y yo engañándome. Sus padres de vuestra merced, su dueño y su fama pongo en los ojos con toda la veneración que debo, y del poco respeto que hasta aquí los he tenido pido perdón, con protestación de tanta enmienda que venza mi recato por infinita distancia la libertad de mis pasados pensamientos. Y suplico a vuestra merced también se tenga por servida con ellos de perdonarme la parte que le alcanza de esta ofensa, que como la comencé a querer en fe de marido, no era mucho que se continuase aquel deseo por tan honesto fin; si bien conozco que fue criarle con veneno, y que es tan poderosa esta costumbre que no pudiendo, como no puedo, olvidar a vuestra merced, será fuerza ausentarme. Mañana partiré a la Corte a mis pretensiones, que la que los dos tratábamos tuvo suspensas, donde, o se me olvidará con su variedad este desatinado pensamiento, o me dejará presto de cansar tan enojosa vida”.

Muchas lágrimas costó a Laura este papel y, pensando que Lisardo no hiciera lo que a ella le pareció que no podía, descuidose de remediarlo. Aguardó el desesperado mozo dos días al fin de los cuales salió de Sevilla con Antandro y Fabio, pasando en postas por la calle de Laura, que al ruido de la corneta y al rebato del alma, dejando la labor, se puso a una reja donde estuvo sin color hasta que le perdió de vista.

Lisardo llegó a la Corte con tan poco ánimo, que desde cualquier lugar que llegaban decía que se volviesen. Entretuvo los primeros días en ver el palacio, sus consejos, sus pleiteantes, sus pretendientes, el Prado, eterna procesión de coches; el río de juego de manos, que le ven y no le ven, y ya está en una parte y ya en otra; los caballeros, los señores, las damas, los trajes y la variedad de figuras que de todas las partes de España, donde no caben, hallan en ella albergue. Después comenzó con más conocimiento a continuar visitas, que le pudieran haber divertido si duraran, por más que fuera la hermosura y discreción de Laura; tales ganados crían los prados de la Corte. Pero cuando más desconfiado estaba y creía que todo el amor de Laura había sido engaño, le dieron una carta suya que decía así:

“De suerte, señor mío, que en este interés se fundaba vuestro amor, y que me queríais tan mal, que sabiendo que vuestra ausencia me había de matar, os fuisteis, y cuando menos a la Corte; acertado remedio como quien sabía que estaba en ella el río del olvido, donde dicen que se quedan tantos que no vuelven a sus patrias eternamente. No os quiero decir las lágrimas que me costáis y de la manera que me tenéis, pues los que me ven no me conocen, aunque solos son los de mi casa, de donde no he salido. Yo me voy acabando si alguna de las muchas ocasiones de ese mar de hermosuras, galas y entendimientos no os tiene asido por el alma, que ya sé que sois tierno; venid antes que me costéis la vida; que ya estoy determinada a vuestra voluntad, sin reparar en padres, en dueño, en honra, que todo es poco para perder por vos”.

Realmente, señora Marcia, que cuando llego a esta carta y resolución de Laura, me falta aliento para proseguir lo que queda. ¡Oh imprudente mujer! ¡Oh mujer! Pero, paréceme que me podrían decir lo que el ahorcado dijo en la escalera al que le ayudaba a morir y sudaba mucho: «Pues, padre, no sudo yo ¿y suda vuestra paternidad?» Si a Laura no se le da nada del deshonor y del peligro, ¿para qué se fatiga el que sólo tiene obligación de contar lo que pasó?, que aunque parece novela, debe de ser historia.

Poco menos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo día, comprando a sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa donde sin tomar medida visten a tantos, y para Laura dos joyas de a mil escudos, porque aunque sea la mujer más rica del mundo, agradece lo que le dan y más después de ausencia. Las locuras del camino es imposible referirlas, siendo iguales a las dichas, y ellas a los deseos. Llegó a Sevilla; caso extraño es, que al siguiente día con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, antes bien se fue aumentando con el trato y el trato llegó a más libertad de lo que fuera para conservarse justo; que aquello mismo que a los amantes les parece dicha las más veces resulta en su perdición, y cuando menos en dividirse.

Había muerto en estos medios Rosela, tía de Lisardo viuda, y fuele fuerza traer a su casa a Leonarda, sobrina suya, moza de trece a catorce años, de linda cara y talle. A pocos días que estuvo en ella, se enamoró Antandro tan desatinadamente de esta doncella que vinieron a ser públicos sus atrevimientos a las demás criadas de Lisardo, y entre ellos hubo quien le dio aviso de lo que pasaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mujeres. ¡Por qué extraños modos camina la fortuna adversa a sus desdichas!

Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de Antandro que, habiéndole reñido y él respondido a su justo enojo con injusto atrevimiento, asió una alabarda que a la cabecera de la cama tenía y, volviendo el asta, le dio de palos, haciéndole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalescencia.

Hiciéronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo a fiar su secreto con necia confianza de Antandro que, habiéndole dejado un día escondido en casa de Laura, como otras veces solía estarlo, llamó a Marcelo, y en el pórtico de una iglesia le dijo que Lisardo le quitaba la honra, refiriéndole muy despacio lo que tan bien sabía desde el infeliz principio de estos amores; y que para que creyese que no le engañaba por algún interés o venganza de algún enemigo suyo, fuese a su casa, que le hallaría escondido en ella, y en un aposento junto al jardín, donde se guardaban las esteras del invierno y algunos instrumentos de cultivarle.

Marcelo en grande rato no pudo responderle, y habiendo prevenido la prudencia de que era dotado para ocasión tan fuerte, le dijo:

-Venid conmigo, que quiero que seáis el primero, como en el decírmelo, en ver que lo he vengado.

Fuese Antandro con Marcelo, y dejole en el portal de su casa, entrando como dueño de ella sólo al aposento referido donde detrás de una estera halló a Lisardo, a quien dijo estas palabras:

-Mozo desatinado, aunque merecéis la muerte no os la doy, porque no quiero creer que Laura me haya ofendido sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aquí.

Lisardo, todo turbado, ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creía y, llevándole al jardín, abrió una puerta falsa que estaba entre unas hiedras y le puso en la calle, que apenas veía el turbado mozo, desde la cual se fue a su casa, combatido de tantos pensamientos y determinando tantas cosas sin resolver ninguna que, de cansado, se dejó caer en la cama, deseando la muerte.

Salió Marcelo luego que despachó a Lisardo y dijo a Antandro:

-Vos alguna afrenta habéis recibido de este caballero, porque él no está donde decís ni en toda mi casa, y advertid que no os castigo como merecéis porque os considero tal, que la justicia pública lo hará por mí. ¿Quién os dijo que ese hombre entraba a ofenderme?

-Señor -respondió Antandro turbado-, una esclava vuestra que se llama Fenisa.

-Pues id con Dios a vuestros negocios, que no sabéis la casa que difamáis ni la mujer que yo tengo, tan indigna de estos bajos pensamientos.

Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos días.

Marcelo, que de la virtud de Laura tenía diferente información en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinión y la verdad, se tuvo valientemente con el desengaño hasta hallar ocasión para satisfacerse. A nadie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla.

-¡Oh traidora Laura! -decía-, ¿es posible que en tanta hermosura y perfección cupo tan deshonesto vicio, que tus compuestas palabras y honesto rostro cubrían un alma de tan infame correspondencia? ¿Tú, Laura, traidora al cielo, a tus padres, a mí y a tus obligaciones? Mas ¿qué lo dudo, habiendo visto con mis ojos y tocado con mis manos el fiero cómplice de tu delito? ¿Cómo puedo yo dudar que aun este sagrado no dejó tu mala fortuna a mi confianza, ni la fiera condición de mi desdicha a las obligaciones de la honra con que nací? Yo lo he visto, Laura; no puedo dudar lo que vi, ni hay por dónde pueda mi amor escapar mi agravio, aunque con las injurias ajenas le reboce el rostro. ¡Triste de mí!, que más haré en solicitar tu muerte que tú en perder la vida, porque la he de quitar a lo que más estimo, en tanto grado que padezco más en sola esta imaginación que tú en el dolor, con ser de todos el último.

Así hablaba Marcelo entre sí mismo, forzando el rostro a la fingida alegría en tan inmensa causa de tristeza. Dio en regalar a Laura, como quien se despedía de la víctima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escritorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerías, que amor llama favores, y las dos joyas.

Los amantes que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando a papeles, ¡oh papeles, cuánto mal habéis hecho! ¿Quién no tiembla de escribir una carta? ¿Quién no la lee muchas veces antes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro sin considerarlas: escribir una carta y llevar a su casa un amigo, que de estas dos han surtido a la vida y a la honra desdichados efectos.

Ya sabía Laura todo el suceso y, como veía tan alegre a Marcelo, parecíale algunas veces que era de aquellos hombres que, con benigna paciencia, toleran los defectos de las mujeres propias; y otras, que tener tanta era para aguardar ocasión en que cogerlos juntos, de que a su parecer de entrambos supieron guardarse. Aunque Marcelo no quería juzgar de los agravios por venir, que tenía ya dada la sentencia en los pasados.

Con estos pensamientos, procuró muchas veces poner odio entre aquel esclavo y Laura, diciéndole a ella que deseaba deshacerse de él, porque le habían dicho que la aborrecía, y que mil veces había estado determinado de matarle, porque no había de tener él en su casa quien no la adorase y sirviese. Laura, en esta parte inocente, dio en tratar mal a Zulema de obra y de palabra, haciéndole castigar en público, de que Marcelo se holgaba notablemente; y esto llegó a extremo que ya la casa toda, y aun los vecinos sabían que no había cosa que tanto aborreciese el esclavo como su ama.

Laura se daba a entender que debía de ser el dueño de la traición de Antandro; y con esto deseaba su muerte y la solicitaba por puntos, sin osar pedir a Marcelo que le vendiese porque fuera de casa no la deshonrase.

Cuando ya le pareció a Marcelo que este aborrecimiento era bastantemente público llamó a Zulema y, encerrándose con él en un aposento secreto, después de largos prólogos, le incitó a matar a Laura y le dio en una bolsa trecientos escudos.

Zulema, al fin bárbaro, airado contra su ama y favorecido de Marcelo, que asimismo le ofrecía un caballo para que se huyese hasta la costa donde esperase las galeotas de Argel, que la corrían de ordinario desde los Alfaques a Cartagena, en llegando la ocasión entró con rostro feroz y ánimo determinado y, llegando al estrado de Laura, la dio tres puñaladas de que cayó sobre las almohadas con tristes voces.

A las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso esperaba el suceso; y con la misma daga que le quitó de las manos le dio tantas, ayudado asimismo de Fabio y de los demás criados, que sin que pudiese decir quién le había mandado matar a Laura rindió el feroz espíritu.

Acudieron a este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lágrimas de todos eran las de Marcelo más lastimosas, y por ventura más verdaderas. El esclavo fue entregado a los muchachos, brazo poderoso e inexorable en tales ocasiones que, llevándole al campo, después de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras.

-¡Ay -decía el desdichado viejo padre de Laura, teniéndola en los brazos-, hija mía y sólo consuelo de mi vejez! ¿Quién pensara que os esperaba tan triste fin y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un bárbaro parto de la tierra más infeliz del mundo? ¡Oh muerte! ¿Para qué reservaste mi vida en tanta edad, o por qué quieres matar tan débil sujeto con veneno tan poderoso? ¡Ay, quién no hubiera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre!

Lisardo, que tuvo presto las nuevas de esta desventura, desatinado vino en casa de Laura y, mezclado entre la confusión de la gente, vio tendida su hermosura en aquel estrado como suele a la tarde, vencida del ardor del sol, la fresca rosa. Allí todos tenían licencia para lágrimas; las suyas eran de suerte que conocía bien Marcelo en qué parte le dolía aquel sangriento accidente de su fortuna.

Despejose la casa y retirado Lisardo a la suya, no salió en cuatro meses de ella, ni le vieron hablar con nadie fuera de su familia: todo era suspiros, todo era lágrimas, de las cuales parecía que vivía más que del común sustento.

Entre tanto Marcelo despachó con un veneno a Fenisa sin que de ninguna persona fuese entendida la causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solicitud en buscar a Antandro que, habiendo sabido dónde posaba, le aguardó una noche y llamando a su puerta le metió por las espaldas dos balas de una pistola.

Sólo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el mísero Lisardo, cuya tristeza le tenía tan recogido, que era imposible satisfacerla.

Bien pudiera contentarse la honra de este caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué más bien lavada que con tanta sangre? Pues, señora Marcia, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia a los maridos, no es ejemplo que nadie debe imitar, aunque aquí se escriba para que lo sea a las mujeres que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra a tan breve deleite, en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama.

Y he sido de parecer siempre que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fue no puede dejar de ser, y es desatino creer que se quita porque se mate el ofensor la ofensa del ofendido; lo que hay en esto es que el agraviado se queda con su agravio, y el otro, muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta no ha de ser ofendida. ¿Quién duda que está ya la objeción a este argumento dando voces? Pues, aunque tácita, respondo que no se ha de sufrir ni castigar. Pues ¿qué medio se ha de tener?

El que un hombre tiene cuando le ha sucedido otro cualquier género de desdicha: perder la patria, vivir fuera de ella donde no le conozcan, y ofrecer a Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho a otros le hubieran castigado. Que querer que los que agravió le sufran a él, y él no sufrir a nadie, no está puesto en razón; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por sólo quitarle a él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarles a Dios, si se les pierde el alma.

Finalmente pasaron dos años de este suceso, al cabo de los cuales Lisardo, consolado, que el tiempo puede mucho, salía en los calores de un ardiente verano a bañarse al río. Súpolo Marcelo, que siempre le seguía, y desnudándose una noche fue nadando hacia donde él estaba y le asió tan fuertemente que, con la turbación y el agua, perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del río.

Esta fue la prudente venganza, si alguna puede tener este nombre; no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sino para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol y en agua los que ofenden, pues Marcelo tenía en el corazón la ofensa, mármol en dureza, dos largos años, y Lisardo tan escrita en el agua que murió en ella.